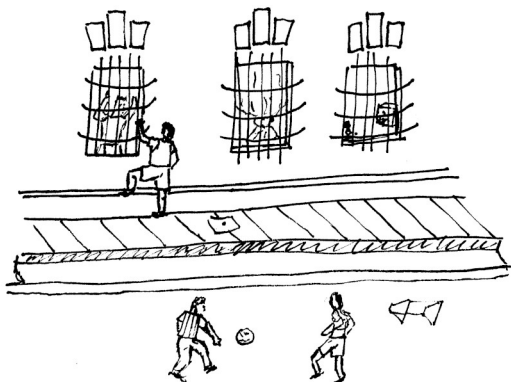




m u n d a n o

por un argentino



"Mundano", por un argentino.

Ilustraciones por Hadez.

1era Edición Septiembre 2024

Aula Universitaria (UNL)

Cárcel de Coronda,

Santa Fe, Argentina.



Barrett Comunidad Editorial.

Ig. @Barrettcomundiad

Web:<https://barrettcomunidadeditorial.noblogs.org/>



El loco de la ventana

Llegó la tarde y se escucha abrir el candado. Un poco de cielo me recuerda que estoy vivo, dos árboles embellecen el paisaje del patio de esta cárcel.

Los pibes van y vienen, algunos juegan al fútbol y son protagonistas en las tardes en que no llueve. Hay uno por allá predicando la palabra, otro que cuenta sus hazañas y aquél otro sus problemas. Los artesanos se acomodan en un rincón para que la pelota no moleste. Dos o tres hacen ejercicio para mantenerse en forma. Muchas caras, muchas historias. Condenas largas, condenas cortas.

Hay un loco parado detrás de una ventana. Donde vive no hay un patio. Su jaula es más pequeña y solamente observa. Cuando está de humor habla con todos. Algunos lo manguean y a otros los manguea él. El loco sabe cómo es, hoy por ti, mañana por mí, y el que tiene ese código se gana un cierto respeto o camaradería. Es algo recíproco que permite la buena onda entre los presos, y esas acciones responden a una cosa: “estamos todos en

la misma”. A veces un trueque tumbero, un favor o un simple cigarrillo es el comienzo de una amistad.

Los pibes que recién ingresan se quejan del ritmo de la iglesia. A los tres o cuatro días dicen que les duelen las manos de tanto aplaudir. Y yo les digo que hay lugares en los que se vive peor, como en buzones, que viven de a dos. Mi consejo para esos pibes es siempre el mismo, “hacé conducta y andate a tu casa, amigo”. Aprovechá que estás con poco y podés irte. Pero no vuelvas más. A la familia no le servimos acá adentro, le servimos a la cárcel. Somos un pan todos los días y una ración de comida cruda. Algunos te dicen que sí y se ríen. Esos son los que vuelven. A otros se le llenan los ojos de lágrimas y se toman el trago amargo de la verdad.

A veces me cuestiono, para qué los hablo y los aconsejo si a la mayoría le da igual. Pero no importa, quizás será que en ellos veo un reflejo de juventud, como el que tenía cuando ingresé. Lo cierto es que nunca les hablo mal y siempre les

brindo la mejor. Algunos vuelven al día siguiente y hablamos un rato.

Así transcurren mis días y así pasaron los años. Yo soy el loco de la ventana. El mismo de ayer, el mismo de hoy, y acá voy a estar mañana.

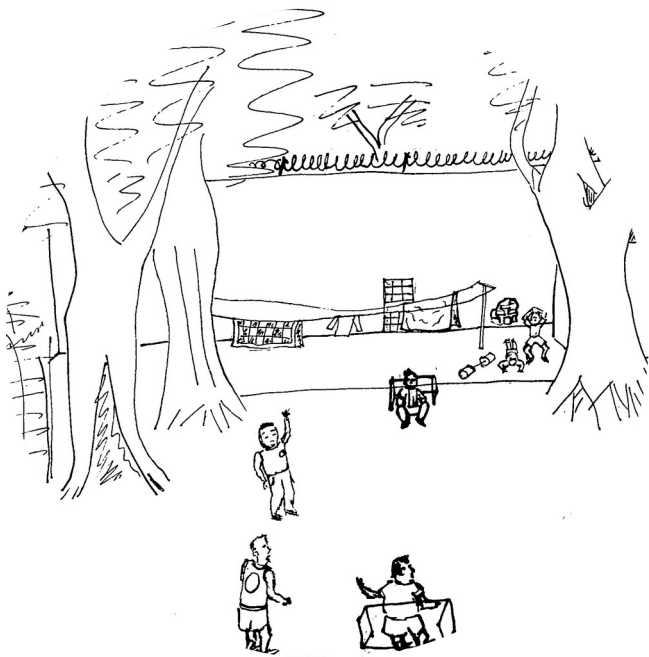
En un mundo de papel

Entre personas y humo corren y corren mis días, pero al llegar la noche converso conmigo mismo. Sí, conmigo mismo converso y pienso que soy cautivo del tiempo, y puedo verlo en mi reflejo.

La aguja del reloj, con el latir de mi corazón, son parte de una conspiración ideada por la muerte. Mi juventud se perdió en un canto de sirena. Vivo al ritmo de una canción que dura más de diez años.

La vida de bandido me trajo muchas consecuencias. La maldad siempre acecha. Un balazo en el cráneo hizo temblar mi destino. Otro pegó en mi brazo, gracias a Dios estoy vivo. Y con ese mismo brazo afilo mi lápiz y escribo sobre las cosas que he vivido.

La vida como un cuento se reducen a fragmentos, hay malos y hay buenos. En este momento soy como un alma en pena que en un mundo de papel suelta al viento sus lamentos.



El televisor que me prestaron

El televisor que me prestaron me da un pantallazo diario del afuera y su realidad.

Hoy estamos viviendo en la era de la Inteligencia Artificial, hace cien años atrás fue la era de la violencia política contra el pueblo obrero y las guerras económicas.

Con la introducción de la TV en la mente de la gente el sistema encontró la forma de introducir información atractiva a la vista, la cual es manipulada a su antojo con varios objetivos.

Dinero, porque la televisión creó miles de empresas en todo el mundo; distracción, porque así nos tienen a todos idiotizados, distraídos y mantenemos la mente ocupada en lo que ellos quieren que la ocupemos. Además del morbo y las falsas noticias. Deporte, otra vez las grandes empresas manejadas por la élite del dinero, y así tenernos tontos e ignorantes, porque un pueblo ignorante le da el libre albedrío a la clase dominante.

En los siglos anteriores la gente hablaba, leía y escribía sobre la revolución. Había varias perso-

nas con un ideal en común y pensamientos de rebelión en todo el mundo. Y en la misma época en todo el mundo las guerras, las dictaduras, los fusilamientos, el hambre, la pobreza.

Tanta es la codicia del hombre. Se vive en injusticia y esto no es noticia. Pero no podemos hacer nada porque el maldito sistema es invencible. Sólo queda resistir y disfrutar la vida que nos toca, cambiar nuestro futuro con acciones en el presente. Pensar en los que nos rodean. Hacerlo por ellos, por nuestra familia, porque el mundo no se puede cambiar ni mejorar.

La vida no nos pertenece a nosotros, nosotros le pertenecemos a la vida. Lo menos que podemos hacer es dejar algo para las generaciones que vienen. Dejemos un buen mensaje en los libros, dejémosle agua dulce en los ríos, dejemos árboles en los bosques, dejemos las guerras de lado.

Esa es la verdadera revolución contra la destrucción del mundo, pensar en los demás.

Esto no es vida

El tiempo pasa. Pero pasa tan lento que lastima con su doble filo. Un día menos de condena, sí, pero un día menos de vida también. Pasa, en fin, sin permiso ni demora.

Pensar en el calendario es desesperante e inevitable. Es que dependo del pasar del tiempo para volver a la vida. Esto no es vida pero es la vida que yo elegí cuando mi vida era vivir el momento.

No conocía las consecuencias, no respetaba las leyes, no pensaba en los demás. Tampoco sabía el significado de la libertad.

Hay noches en las que el futuro me desvela. Ya nunca más podré recuperar la juventud perdida.

Del mundo sólo soy parte

Hoy me encuentro en un penal
por actuar como un animal
sé que esta jaula me la merezco
pero también sé que a nadie le pertenezco.

Preso en el tiempo libre mi mente
camina la calle y la noche,
varias historias para contar
de este mundo sólo soy parte.

Sé que hice mal, pero sé que se puede cambiar,
ahora quiero hacer el bien, con los míos
 envejecer,
tener una casa con un jardín
y hacer de mi mundo el edén.

Páginas rojas en la historia

En hojas fugitivas encontramos muchos pensamientos que corresponden a la época en la que quienes estaban detrás del lápiz existían. Estas son las mías.

Desde que la escritura existe el ser humano vuelca los acontecimientos contemporáneos según la época en lo que transcurre su existencia. A lo que quiero hacer quiero hacer mención mediante esta reflexión es al protagonismo que tienen en la historia el derramamiento de sangre, el poder, el interés y la violencia, que son porque del siglo XXI.

No hay guerra sin interés, no hay guerra sin poder y no hubiese habido derramamiento de sangre si no existiera la violencia.

A lo largo de la historia el hombre mató hombres, naciones lucharon contra otras naciones, se formaron reinos e imperios, se dividieron las tierras y se “civilizaron” continentes.

Cada siglo transcurrido dejó huesos en la tierra y creó armas más letales que las de las épocas anteriores.

Dicho esto llegué a la conclusión de que quizás la “paz” nunca existió en la tierra, y que sólo es un estado de ánimo que sentimos los seres humanos, como la felicidad. Es por eso que no hay libro de historia sin páginas sangrientas. Y las guerras no cesan, sólo cambian de lugar. La paz no es negocio.

Salvajes

Para una gran parte de la sociedad los presos somos todos salvajes y merecemos los peores castigos. Y es entendible para el que lo ve desde afuera, pero lo cierto es que acá adentro cada cual tiene una historia que contar. Los problemas que en las cárceles se resuelven con un hecho de violencia tienen dos tipos de protagonistas, víctimas y victimarios. La mayoría de las veces en las que estos hechos ocurren, una o más víctimas son atacadas por uno o más victimarios, pero “las leyes

de la calle” no son las mismas que las del tribunal. Puede pasar que una persona reaccione a una ofensa o agresión, pasar de presa a cazador y cazador cazado. Hay cosas que no están a la vista y sólo los personajes de esas historias saben la verdad de la milanese.

La física dice que toda acción provoca una reacción. Depende de uno tomar una decisión, pero la pregunta es, ¿vale la pena?

Esas decisiones pueden cambiar la vida de varias personas, porque detrás de ambas partes hay una familia y solo basta con unos segundos para desatar el caos. La vida se puede dar vuelta en un instante.

Pero si se tratara de sentir en peligro nuestra vida o la de un ser querido, ¿qué harías? Esas decisiones definen lo que somos y en qué nos convertimos. Si tan sólo en vez de reaccionar hubiera pensado en las consecuencias esta historia, mi historia, no sería la misma.

Palabras prohibidas

Palabras prohibidas viniendo de la cueva de los forajidos, quedando en la historia gracias a la inmortalidad del papel. Estas cosas pasaron, pasan y seguirán pasando.

Se está hablando mucho de lo “políticamente correcto”. ¿Pero qué es eso? Varias veces en la vida lo escuché decir pero ahora que veo las cosas de otra manera y desde otra perspectiva, hay pocas cosas que son “políticamente correctas”.

Lo más acorde sería decir que hace décadas que estamos a merced de una política corrupta, desde el siglo pasado manejan el país los políticos corruptos y todos los argentinos, es decir el pueblo de los trabajadores, los estudiantes y la gente humilde, pagamos las consecuencias con hambre y pobreza, mientras las minorías burguesas disfrutaban de sus riquezas.

La economía es manejada por ladrones de guantes blancos, traje y corbata. La última camada vendió gran parte de nuestras tierras a los extranjeros con total impunidad, sin importarles

que todos los recursos naturales sean explotados. El agua dulce, la agricultura, la ganadería, el gas y el petróleo son unas de las cosas que día a día desaparecen y sin embargo somos un país pobre.

Fue todo una trampa para que ellos tengan su parte del pastel. Y nos sorprende que haya delincuencia, si esa es la enseñanza que le dan a la sociedad, sobrevivir de manera ilegal, mentir, robar y así tener más que los demás.

Las camadas anteriores del siglo pasado utilizaron la violencia, matando a sangre fría a los nativos que quedaban y fusilando a los obreros que se manifestaban por un estilo de vida mejor.

Más adelante la dictadura secuestró, torturó y mataron a miles de estudiantes y jóvenes de esa época por protestar por sus derechos. Luego mandaron a otros miles de jóvenes a una guerra para sufrir, a padecer, los mandaron a morir y la mayoría de los culpables de dichas atrocidades anduvieron libres de albedrío hasta el día de su muerte.

Hay gente que dice y que piensa que este país es una mierda, pero eso no es cierto, lo cierto es que el país está hecho mierda por gente de mierda.

Cinco disparos después

La última noche como hombre libre corría. Él no lo sabía. Enojado y ciego caminaba, hacia dónde? Él no lo sabía.

La ira de a poco lo consumía como se consume un cigarrillo en las pitadas nerviosas de alguien al que ya no le importa la vida. Caminaba sin rumbo. Caminaba sin mirar atrás como un tren por las vías. Lo que segundos después pasaría, él no lo sabía, pero para siempre cambiaría su vida.

De repente una voz suave y femenina le decía “vamos a casa”. Frenar no podía, el tren siguió por la vía sin saber dónde terminará.

Una parada obligada seguida de insultos y burlas de una cara conocida acompañada por dos almas impuras que de fiesta venían. El encapuchado conducía, en ese mismo momento el diablo y la

muerte andaban de cacería. La moneda ya estaba lanzada y de más está decir que dos caras tenía.

La moneda cayó y el mal en un muchacho se presentó. Un revólver cargado con seis balas, como

por arte de magia, en sus manos dejó.

La mujer de la voz suave otra vez apareció y otra vez, “vamos a casa” exclamó. Pero ya era demasiado tarde. El hombre con un arma en sus manos no podía quedar como un cobarde, la ira lo cegó y la venganza al oído le dijo “ya es demasiado tarde”.

En cuestión de segundos él los alcanzaría. El caucho de las cubiertas y la brea de la ruta en humo se convertían. El encapuchado con el revólver fue apuntado y frenó.

Rogó por su vida. Cinco disparos después la muerte una vida se llevaría. El encapuchado corría por el campo junto a su dama de compañía.

Cincuenta metros más adelante miró para atrás. El cuerpo sin alma en la calle se desvanecía.

¿Será que siempre pensaré así?

El Estado, el gobierno, la política, la democracia, la libertad y los derechos son palabras cuyos significados deberían ser reemplazados por algo más acorde a la realidad que vivimos todos los argentinos.

El Estado está ausente, el gobierno se convirtió en una fábrica de pobres con sucursales en todas las provincias, sólo ajuste y recortes.

La política, de más está decir que es el negocio legal que nunca se funde.

La democracia a mi entender es elegir al menos peor, es como elegir una marca de cigarrillos por su tapa o precio, sabiendo que es algo que a la larga nos termina perjudicando.

La libertad... si el pueblo vive para trabajar y trabaja para sobrevivir.

Los derechos dónde están, si la salud y la educación son manoseadas por un niño mal enseñado que no sabe lo que es el hambre, las cátedras de macro y micro economía no sirven, la gente tiene hambre.

Con el revolver en la mano

De vez en cuando recuerdo aquél trágico verano. Yo era un niño de once años, con un hermanito de siete, una linda y buena mamá y una abuela india que cocinaba en horno de barro.

Según contó, conoció el amor en un viaje en colectivo. Él era un gaucho santiagueño, lagurador, pescador, hombre de monte, siempre con buen humor. Para la abuela Nelsi un fiel compañero. Se llamaba Juan y lo queríamos como un abuelo.

Fuimos criados en una humilde casita, con piso de tierra y paredes de barro. Mamá soltera, una guerrera que nunca le huyó al trabajo.

El que no dudó en huir fue el que plantó la semilla. De niño sólo una vez lo vi pero ni siquiera su rostro recuerdo. Vino a casa a conocer a su hijo, dejó en el aire varias promesas y enseguida se fue con su aire de grandeza. En su casa lo esperaba su esposa. Ya se había hecho de familia.

Pobre mi vieja, tuvo que criar solita a dos changuitos traviesos.

Era el año 2004 y mamá perdió el trabajo. Se dedicaba a la limpieza. La abuela no la pensó y nos

invitó a vivir con ella. Recuerdo que nos dio una pieza y juntos los cinco compartimos la mesa, mientras la abuela hacía los mandados, mamá cuidaba a mi hermano, y con una bici y un carrito Juan y yo juntábamos leña. Qué lindos recuerdos de vida campera. Pero lo lindo tarde o temprano se termina, le duela a quien le duela.

La abuela tenía una changa. Era lo único que había. Cirujeábamos en la cava. Todos los días se arrancaba tipo seis de la mañana con las bicis bien infladas. Las estaciones pasaban. Si habremos pasado heladas... pero juntos, felices con camperas que abrigan a las pedaleadas.

Llegábamos tipo siete, hacíamos fuego y desayunábamos al borde de la laguna. Mientras los camiones de la basura descargaban, los adultos desparramaban las bolsas y seleccionaban sólo lo que se reciclaba: botellas de vidrio, cartón, cobre, aluminio y bronce. Nosotros los más chiquitos las botellas apilábamos y los fardos de cartón armábamos al igual que un fardo de alfalfa.

Cuando llegaba la tarde el camión del chatarrero nos buscaba. Nosotros ya listos con las bolsas

apiladas. Nos ganábamos el sustento con lo que otros tiraban. Al llegar a la chatarrería la abuela, mamá y Juan, el camión descargaban mientras yo a mi hermanito cuidaba.

La noche nos apuraba el reciclaje a la balanza, calculadora en mano y al toque la cobranza. Luego agarrábamos las bicicletas, corríamos carreras como atletas para llegar a las casa. Mi vieja preparaba el calefón y nos bañaba, para ella siempre fue su lema “humildes pero limpios”. No nos dejaba chorrear los mocos ni la carita con tierra.

Los fines de semana por la mañana, la radio y un chamamé nos despertaban.

El viento hacía bailar las llamas que calentaban la pava. La niñez de campo era sencilla, todo el barrio era pobre y no sabíamos lo que era la envidia y menos la avaricia. En el campito de enfrente se armaba el fútbol y a veces íbamos a cazar al monte con la gomera. Los vecinos no faltaban y como decía la abuela, “querés jugar andá que acá en la cuadra sobran changuitos”. Así hice varios amiguitos, la mayoría de mi edad. Íbamos juntos a la escuela y así recuerdo mi infancia.

Todavía tenía conmigo algo llamado inocencia.

Pasaron los meses, terminaron las clases y quién iba a pensar que esas vacaciones cambiarían nuestras vidas para siempre.

Un veintitrés de diciembre me preparaba para dormir otra noche en la casa de mi abuela, pero mi hermano y mi vieja volvían a mi casa a ver cómo estaban las cosas, porque unos días atrás habían entrado a robar y se llevaron la tele, el colchón y la garrafa.

Mamá me dio un beso y mi hermano un abrazo. Mañana venimos, me dijo. Arrancaron la bicicleta y en la esquina frenaron en la despensa. Yo como un niño mañoso corrí con ellos y le dije, “mami quiero ir con ustedes”.

Con una sonrisa me respondió “buscá la bici y avisale a la abuela”. Corriendo fui y volví y así arrancamos el viaje.

Luego de un rato pedaleando llegamos a nuestra casita. Mate cocido, masita y a la cama, que mañana volvemos, dijo ella. Dormimos unas horas hasta que en plena madrugada una bocina nos despertó. Era el tío Luis con su moto. Yo miraba

por la ventana pero no podía entender el por qué de las lágrimas hasta que me despabilé y escuché “lo mataron a Juan”. Qué sensación tan fea.

Arrancamos las bicicletas y en plena luna llena volvimos con la abuela. Pobre, parecía un alma en pena. Recuerdo cosas tiradas y muchos vecinos afuera.

Pobre Juan. Murió con su revolver en la mano. Se habían metido a robarle mientras miraba la tele con la ventana abierta. Mientras su compañera estaba en la despensa comprando una picada y una cerveza. Qué secuencia de mierda.

Por culpa de la abstinencia del gordo de al lado, que le gustaban las cosas ajenas, un veintitrés de diciembre, dos días antes de las fiestas, como animal que se desangra, así lloraba mi abuela.

Salir de este cuento

Durante los últimos siete años fue rutinaria mi existencia. La cárcel terminó con mi inocencia.

Hoy, sobreviviendo me encuentro. Siento que soy el personaje de un cuento. Mi futuro es incierto, cada día es una lección, aunque ese niño que fui hoy vive en mi corazón, sé que mira con desilusión al muchacho que soy hoy.

Pero, en fin, de mi accionar soy consciente y responsable. Soy bueno con quien es amable pero con la gente mala puedo ser detestable.

No quiero ni necesito nada de nadie. Lo material no me interesa, sólo quiero dejar de ser un ser que por la ventana observa cómo la vida se pasa.

Quiero volver a mi casa, estoy cansado de pensar, de hablar, de escuchar, ya no quiero ni leer ni escribir, quiero volver a vivir y para eso es necesario que pase el tiempo. No me conformo con esto. Quiero ser parte del resto, salir de este cuento, mirarme al espejo y verme contento.

Hace noches que no duermo. Es que el mundo me quita el sueño. Converso con mi cuaderno, sale el sol y me amanezco.

Efecto ecosistema.

Pasa el recuento de las 6 am y te das cuenta que el día arrancó. El sol y su aparición iluminan la ventana. La cortina es muy clara y la claridad se transforma en despertador. A levantarse se ha dicho.

Con el pasar de los años te acostumbras a los gritos del celador. A lo primero te cuesta conciliar el sueño. Quedás exaltado pero por loco o triste que suene se podría decir que se hace normal esa secuencia. Estás automatizado a elegir, depende de qué día sea o qué tengas que hacer, a levantarte o seguir de largo.

A veces no me doy cuenta y respondo al recuento entredormido y él sólo quiere que lleguen las nueve para volverse a su casa. La nueva guardia llegó, empieza otro día laboral, para ellos un día más.

El ritmo de la cárcel es muy distinto a todos los estilos de vida. A diferencia de la sociedad libre, seguí la corriente nomás. A las nueve viene el pan, lo rescatás, calentás la pavita y un desayuno por ley.

El que estudia desayuna temprano y se prepara. Los que trabajan ya están despiertos como gallos a las seis de la mañana y a las doce cada carancho a su rancho. De una a dos otro recuento de una hora. Ahí entran en acción los de la cocina, las moscas y los maestros los siguen mientras desparraman las bandejas.

Yo espero con el platito. Al menú lo sé de memoria. Algunos recién se levantan, otros ansiosos por salir al patio, cada uno a su ritmo.

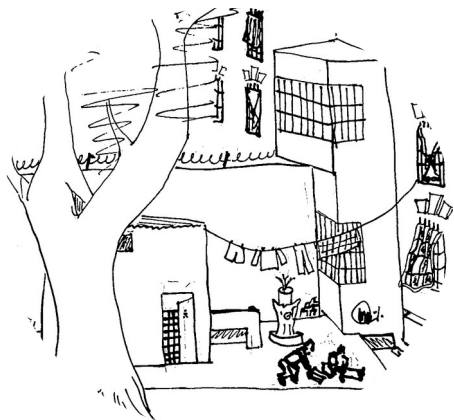
Llegan las cinco y otro recuento de una hora, y así hasta las once de la noche, “hora de cierre”.

Acá sos vos y el tiempo. Depende del lugar donde vivís para poder tener tranquilidad y saber que pasaste otro día sano y salvo.

Cada cual lidia con la condena a su manera, sólo es cuestión de caminar derecho y saber respetar para lograr una buena convivencia.

Ya conocés la personalidad de los vecinos. También con el pasar del tiempo desarrollás un sexto sentido, podés sentir cuando hay tensión o algo va a pasar. Es inexplicable pero es así, se siente en el aire y todo esto se debe al “efecto ecosistema”. Somos y nos hacemos como animales en la selva. Salvajes pero en la selva de cemento.

El círculo que nos rodea y el espacio físico en el que vivimos tiene su ritmo y nos moldea a su manera.



Conversaciones habituales

Hoy hablé con un muchacho, chamullando como a veces, a través de la ventana. Le pregunté cuánto lleva. Una pregunta muy recurrente entre delincuentes.

Él con onda me respondió “doce años y ocho meses”. Le dije “¿cuándo te vas?”. “Estoy condenado con trece”, dijo el guaso.

Él también está en el penal por una vida quitar. Él también con su juventud tuvo que pagar, pero en los barrios de mi ciudad cuando te van a molestar no queda otra que gatillar para hacerse respetar.

Hay otro que le dicen el rengo, que de vez en cuando se asoma a conversar. A veces se queja por su condena. Le dieron dos años y cuatro meses, y ya le lleva dos años. Tiene olor a calle.

El otro día un pibe me contó algo que suelo escuchar a veces. El sostén de su familia había partido de este mundo, su madre.

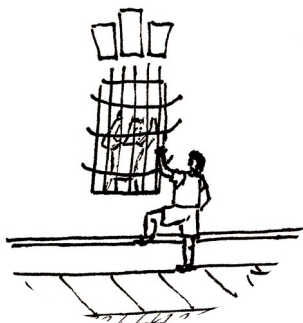
No supe qué responderle. El dolor en sus ojos puede verse. Apreté su mano y lo miré de frente,

las rejas nos separaban y no pude abrazarlo. Con palabras de aliento sólo fuerzas pude darle. Es uno más de esos pibes a los que te cuesta preguntarles “cómo estás?”.

Tantas cosas pasan acá. Cuántos pibes perdieron la vida en este lugar y a su casa no podrán regresar. Pero acá la vida es así, estamos en una cárcel y estas cosas suelen pasar.

Recuerdo, suspiro y pienso que la vida es sólo aire, y para vivir hay que respirar. Sólo somos un puente entre la vida y la muerte.

Para llegar al otro lado solamente hay que caminar. A mí sólo me queda esperar.



Aforismos

A veces quiero dormir y esperar a que pasen los años.

A veces me pregunto cuándo pasará esta tormenta.

Otras veces sólo río mientras sufro mi desdicha.

~

Una radio para escuchar,

un cuaderno y un lápiz para escribir.

Algunos libros para leer, pero nadie para hablar.

Por lo menos la soledad no miente.

~

Aprender a ver la vida desde otra perspectiva me ayudó a soportar la suerte de no poder vivirla.

Mientras tanto sólo existo.

~

Aquí la noche terminó.
Veo cemento por doquier.
Me cobijo en un rincón y espero otro amanecer.

~

Donde las noches no tienen fin,
los recuerdos aprietan el nudo en la garganta.
De las paredes salen plantas,
en esta tumba hay vida.

"Hay un loco parado detrás de una
ventana. Donde vive no hay un
patio. Su jaula es más pequeña y
solamente observa.

Cuando está de humor habla con
todos. Algunos lo manguean y a
otros los manguea él.

El loco sabe cómo es, hoy por ti,
mañana por mí, y el que tiene ese
código se gana un cierto respeto o
camaradería"

